

CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

INTERFERENCIAS
DEL MATERIALISMO
Y EL ESPIRITUALISMO

Anales de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, n.º 45, 1968

Interferencias del materialismo y el espiritualismo⁽¹⁾

por el Académico de número

Excmo. Sr. D. CARLOS RUIZ DEL CASTILLO

El tema central del trabajo de la Academia durante el presente curso ha sido formulado y tratado con referencia, por lo menos implícita, a una bipolaridad: la que opone el materialismo al espiritualismo, sin otra distinción. Y en varias de las intervenciones suscitadas por el tema ha sido acentuado el carácter absoluto de la antítesis.

Sin omitir la realidad de la oposición materia-espíritu, cabe, en un intento de profundización depuradora de conceptos, establecer confrontaciones para captar matices en el proceso de las interferencias que se dan entre lo material y lo espiritual. Y esto sin detrimento de una radicalidad que resulta inseparable de la procedencia y, sobre todo, como luego se verá, del destino que configura uno y otro elemento en la realidad de la existencia.

Esta matización se presentía ya en la disertación del señor Larraz. El señor Larraz distinguía un materialismo antiguo, representado por Lucrecio, de otro moderno, que personificó en Holbach. Especialmente en el antiguo, tributario, con Demócrito, de una concepción atomística de la Naturaleza, el materialismo se nos presenta como una filosofía que no inspira siempre precisamente una conducta materialista, sino más bien lo contrario. Los valores de comprensión, de resignación y de solidaridad parecen constituir a veces resultados del sistema y determinar acti-

(1) Disertación en Junta del 18 de junio de 1968, ilustrando el tema general del curso acerca de EL MATERIALISMO ANTIGUO Y EL MODERNO.

tudes humanas y comportamientos que no cabe, sin embargo, considerar estrictamente como derivados de los factores materiales.

Toda apelación al sentimiento y a la inteligencia de los hombres, y entre los hombres, implica el reconocimiento y el manejo de *fuerzas espirituales* subyacentes. En esta vinculación de la idea de *fuerza*, término de Ciencia física, y *espíritu*, concepto de lo suprasensible, cuya acción es ética y cuya esencia es la libertad, aparece la primera implicación entre lo que pertenece al orden necesario y material y lo que está señoreado por aspiraciones que lo rebasan y, señoreándolo, lo dotan de sentido.

En el ser humano, constituido por cuerpo y espíritu, se da inequívocamente esa relación. Lo cual sería muy insuficiente desde el punto de vista de la idea que desarrollamos, si esa relación mantuviera indefinidamente separados e independientes los términos que se relacionan, como ocurre entre los contratantes que establecen un pacto desde su propia e irreductible personalidad separada. La idea del “compuesto” humano nos previene contra esa consideración unilateral que, si hace posible la relación, es incapaz de fundir y sintetizar.

Ya la concepción del alma como forma sustancial del cuerpo establece entre una y otro algo superior a un nexo: prefigura una corriente vital cuya plenitud se da únicamente en la unidad del compuesto. Las creencias cristianas de la resurrección del cuerpo y de la comunidad del Juicio universal inherente a la presencia de los cuerpos resucitados y restituidos a sus almas, ilustran decisivamente la integración que hace de la persona una totalidad indivisible.

Pareja analogía se da, a juicio de Rahner, entre la Redención divina y el mundo. En su interpretación, “el punto culminante de la historia de la salvación no es la deshumanización del hombre en cuanto espíritu para llegar así a Dios, sino la descendente e irreversible mundanidad de Dios, la llegada a la carne del Logos divino, la adopción de lo material que se hace ello mismo realidad divina...” (Aunque sea de pasada, conviene anotar algo esencial que no menciona Rahner en esta cuestión decisiva, a saber: el paradigma de humildad que brinda Dios a los hombres haciéndose hombre El mismo, descendiendo hasta el hombre. El misterio de la Encarnación no ofrece tan sólo la asimilación de lo material, que así queda insuperablemente ennoblecido, sino la ejemplaridad del descenso de Dios para exaltar la suprema dación del amor.)

La misma idea del “compuesto” deja imprecisa la frontera entre lo orgánico y lo espiritual. La definición tradicional del hombre como

“Inteligencia servida por órganos” ha de ser entendida más que como incardinación de las facultades racionales en una organización somática, como interpenetración de elementos asociados en la unidad vital, y por eso en las fases de enfermedad orgánica, el espíritu, animador de los órganos, pero también sometido a la reacción de éstos, aparece obnubilado, a la vez que la Inteligencia, privada de fuerza para dominar como “padrona”, se siente rebajada a la condición de “serva”.

Tales subversiones de origen orgánico se completan con las de un orden más oscuro y menos penetrable: las del dominio de la Psiquiatría, y con las producidas por los desórdenes morales tipificados en el pecado.

¿Consiste el pecado en la exclusiva irrupción de la materia en el espíritu? Y éste, el espíritu, ¿no será susceptible de turbiedades y turbaciones inmunes a la contaminación de la materia en los procesos de ciertas tentaciones nacidas en el espíritu mismo, como las implicadas en la caída angélica?

Séame permitido en este punto evocar una anécdota orlada de biografía. Se asomó mi temprana juventud al círculo en que desgranaba las perlas de su verbo un ilustre patricio: don Juan Vázquez de Mella, quien si hubiera presentado dentro del plazo reglamentario el Discurso de recepción en esta Real Academia, hubiera sido prez de ella, como lo fue de las tribunas parlamentaria y popular. Me cabe el honor de ostentar la misma Medalla académica que le había sido atribuida en la elección.

Pues bien, empalma con la tesis de estas observaciones una ingeniosa teoría expuesta por Mella en aquellos círculos de intimidad. Para él existían pecados con órgano y pecados sin órgano. No hace falta mencionar los primeros, pero también cabría analizarlos en conexión con las posibilidades de que lo que existe en ellos de exclusivamente corpóreo y material como perteneciente a las necesidades elementales del hambre y del amor, experimenten el contrapeso, el embellecimiento o incluso la asunción de elementos espirituales que ciertamente no borran el límite entre lo lícito y lo ilícito, pero en cierto modo refinan y elevan, por influjo de la inteligencia y de la educación, la satisfacción de esas necesidades y ennoblecen el instinto. Se trata de una transmutación depuradora inherente a la selección que a la vez que acota el campo de la elección profundiza en los motivos. Así acontece en estadios elevados de cultura con la elección matrimonial y más general y elementalmente con la satisfacción de la más tosca de las necesidades: la que se materializa en el estómago. Pero hay modos y formas que la rebasan. Entre la vulgaridad de la glotonería y la ocasión del banquete que

puede asociar a Platón con Pantagruel, hay distancias que no se refieren tan sólo a la gama de las sensaciones del paladar, sino que emparejan el sentido corporal del gusto con el placer coloquial a que presta ocasión la buena mesa, desde siempre propicia, por otra parte, al contraste de la buena educación.

¿Qué decir de los pecados sin órgano? La soberbia y el orgullo son pecados de la Inteligencia, al margen de cualquier satisfacción de signo material. Hay una típica ambición de clientela y de honores, que es la ambición propia del político, un afán de influencia desinteresada por ser extraña a toda propensión de peculado. Lograr fama y nombradía es, conjuntamente, virtud y escollo de la conducta del intelectual, del político y del empresario, pero estas aspiraciones acreditan calidades anímicas tensas hacia metas que no son las del estricto bienestar ni las del hallazgo del sosiego.

Queda la pereza, punto de confluencia de la relajación corporal y de la comodidad meramente negativa deparada por la abstención. Se inhibe la actividad y, paradójicamente, la misma relajación sabe extenderse para invadir el ámbito de lo espiritual.

Las reacciones fisiológicas se acusan, sin embargo, en el impulso o en la inhibición que deparan esos pecados sin órgano. La aceleración del ritmo cardíaco, la afluencia de la sangre al rostro del iracundo acreditan las interdependencias que venimos glosando, aplicadas aquí a la correlación existente entre los impulsos y las aspiraciones.

Prerrogativa del espíritu es soplar donde quiere. Sopla en todas las encrucijadas del pensamiento y de la acción y aporta calidades transformadoras de las motivaciones y de las tendencias arraigadas en la materia.

* * *

Los nombres no siempre percatan de la esencia de las cosas. Tampoco de la consistencia de los sistemas filosóficos.

He aquí el Idealismo, método de conocimiento que no se asocia a la realidad objetiva del espíritu, sino que se sitúa en la línea del escepticismo y de la incognoscibilidad. El materialismo, por lo demás, reducirá toda la realidad al juego de fuerzas que emergen del cosmos concebido en su unidad perpetuamente en movimiento. La materia en movimiento se transmuta en energía, y es el impulso energético lo que produce el tránsito de lo homogéneo indiferenciado a lo heterogéneo coherente, según la ley de Spencer. Y la materia organizada determina la diferen-

ciación en la Naturaleza y en la Historia. Surgen así los *reinos* en el orbe de la evolución natural y en el del movimiento histórico.

Pero aquí se da una oposición que parece irreductible: la de las leyes que regulan la Naturaleza y la de las normas que rigen los actos humanos. Las primeras establecen, comprueban más bien, relaciones de causalidad. Las segundas son proposiciones formuladas a la libertad de los hombres y por eso apelan a la responsabilidad de éstos.

Son estas últimas las que plantean los problemas de la conducta y los del gobierno humano. Conducta y conducción aluden a la misma idea de trayectoria. Pero, tratándose de la conducta, cabe establecer la distinción de lo autónomo y lo heterónomo. En otros términos, entre la obediencia espontánea o la autodeterminación personal y la impuesta desde fuera o desde arriba. Tratándose de los preceptos morales que regulan la conducta privada, prevalece la autodeterminación en el proceso asimilador de la norma. En el orden público, la conducta personal ha de estar influida por los fenómenos de interdependencia social que postulan la empresa de gobierno, el mandato y la heteronomía. Pero tampoco en este caso las leyes de la conducta social son equivalentes a las leyes naturales: no sólo subsiste la libertad para cumplir la norma o para infringirla, sino que la misma norma está establecida por una voluntad libre, y las sanciones que determinan el elemento vinculante de la conducta reconocen una gradación en las aplicaciones — así en las circunstancias modificativas de la responsabilidad— y llegan a fijar excepciones como las que significan, en distintos órdenes de la aplicación, el privilegio, la prerrogativa, la dispensa de la ley y el indulto en lo penal.

Por todo lo dicho habrá que considerar, y así se lo ha definido, el Estado de derecho en su esencia como una *dominación ejercida sobre hombres libres*. Parecen contradictorios los términos “dominación” y “libertad”, pero ambos son elementos articulados en la estructura del poder humano y están vinculados en la idea y en los conductos que establecen la participación personal y social. Mando y obediencia son así el anverso y el reverso de la medalla, y ambos la troquelan.

Del mismo modo que el determinismo filosófico, el materialismo no es un sistema tan cerrado que no deje márgenes a la indeterminación. No sólo en la contingencia que se escapa por los intersticios de las leyes naturales y que desde la obra de Boutroux hasta la Física cuántica ha sido objeto de tantos estudios contemporáneos, sino que en el orden de la acción histórica también el materialista invoca valores capaces de movilizar pasiones y energías que emanan de la libertad como principio

personal y de las libertades como resultado de tipos selectivos de organización político-social.

El materialismo más sistemático y cerrado es, como se sabe, el materialismo dialéctico. Ciertamente el movimiento dialéctico disimula las contradicciones aparentes, pero no logra enjugar las contradicciones internas. Los teóricos del marxismo se esfuerzan por conciliar la evolución, que conduce al comunismo por el desarrollo ineluctable de las fuerzas productivas, con la apelación a la solidaridad, al esfuerzo y al sacrificio de las masas, y el acto revolucionario, ingrediente necesario del sistema, significa el injerto de una libertad que, situada como lo está toda libertad en el cuadro de los condicionamientos sociales, no desvanece su esencia de agente consciente y voluntario, productor de efectos transformadores de la mera acción de las causas materiales o que se añaden a ella.

Baste aquí, por otra parte, con aludir a la obra de Sorel, cuya doctrina del Mito como fuerza impulsora de orden ideal y hasta utópico potencia la acción emancipadora del proletariado gracias a los contactos psíquicos que desarrollan las virtudes del compañerismo.

Para que todo sea confuso en este panorama constituido por la interferencia de los valores espirituales con las tendencias materiales, se presenta como meta que parece superar toda idea de desinterés en la acción de los hombres un denominador común: la aspiración a la felicidad.

El místico, el enamorado y el hedonista difieren en la estimación de los motivos de felicidad, pero todos ellos la persiguen como fin último. Y este mismo objetivo se proponen los sistemas sociales y las organizaciones políticas. No es extraño así que conceptos como el de bienestar general —en nuestra edad que aspira más que ninguna otra al “comfort” se ha generalizado la expresión “Estado de bienestar”— y el de búsqueda de la felicidad estén expresamente formulados en las Declaraciones de derechos y en varias Constituciones a partir de la norteamericana de 1787, cuyo preámbulo asocia los fines de justicia, fomento del bienestar general, defensa común y libertad al de “una unión más perfecta”. Todo ello, claro está, al servicio de la concepción dominante en la Sociedad americana del siglo XVIII.

Pero si el hombre aspira en todos los estadios de su existencia al logro de la felicidad y ésta es siempre el fin de los actos, el denominador común de las acciones de los hombres será el egoísmo, culminación de un interés que parece encubrir en cualquier caso la inspiración del tosco materialismo. Pero tanto para sentar esta afirmación como para desva-

necerla o atenuarla, no sólo habrá que analizar el concepto de felicidad, sino que habrá que referirse a las raíces mismas del comportamiento inseparable del concepto que se tenga del hombre.

Me parece excesivo el pesimismo antropológico del cual nos dejó muestra erudita la disertación del señor Perpiñá en este curso. Hemos bebido en muchas fuentes comunes el señor Perpiñá y yo, y cuando se plantea el problema del comportamiento humano hemos encontrado como símbolos, en la Historia del pensamiento moderno, por una parte a Hobbes, por otra a Rousseau. Ya se sabe que el primero ha acuñado el concepto del hombre como ser esencialmente malo: "homo hominis lupus". El segundo, por el contrario, ha cifrado el ideal en el "buen salvaje" que sigue la ley natural —aquí la ley natural es la ley moral— respondiendo a la bondad constitutiva de su naturaleza.

Quando este concepto del hombre se proyecta en el plano político, Hobbes propugna el gobierno absoluto para asegurar a los hombres en la paz la satisfacción de su pasión dominante: el egoísmo, el cual, sin esa preservación, desencadenaría la lucha de todos contra todos. Rousseau, en cambio, creyendo en las buenas disposiciones de la naturaleza humana, se afana tan sólo por garantizar la libertad natural transmutándola en libertad civil.

Respondiendo a esta calificación respectiva de la naturaleza, se propugna el gobierno autocrático o el democrático. Pero ambos descubren su debilidad. Si el hombre es naturalmente malo, hay que pensar que el autócrata pertenece a la misma especie que los súbditos y experimenta el influjo de las mismas pasiones. Y si es naturalmente bueno, la bondad de su naturaleza queda, no obstante, entregada en el sistema a las determinaciones de una omnipotente "voluntad general" que se traga a la persona, al hombre individual y concreto.

Hay una tercera solución para el problema del hombre: la que se funda en la perplejidad, en las oscilaciones de la naturaleza, en sus caídas frecuentes seguidas de un esfuerzo de restablecimiento. Es la concepción de Horacio según la cual el hombre conoce el bien y lo aprueba, aunque a veces no se ponga a su servicio. Las doctrinas del pecado original y de la Gracia añadida a la naturaleza cristianizan y elevan esa concepción.

Así es como la especie humana se ha fijado cobijándose bajo la copa del Arbol del bien y del mal. Y esta fijación de una especie que es a la vez biológica y espiritual, imprime carácter al "homo sapiens", vocado a la actividad cumplidora de una conducta necesariamente vinculada al conocimiento y a la responsabilidad.

La delicada estructura del gobierno mixto emana de esta tercera posición.

Por esta vía se llega a la conclusión de que el hombre está caído sobre la tierra, pero no sepultado en el mal. La libertad, con el suplemento de la Gracia, coadyuva a la obra de la Redención y la misma Sociedad mediante las ayudas y las solidaridades que de ella brotan, coopera a la restauración del tipo humano, pues es cierto que existen instituciones corruptoras, pero también existen las instituciones bienhechoras, y en la Sociedad como en el alma del hombre se sitúa el escenario de la lucha entre el bien y el mal en la que se forja el merecimiento.

Este carácter ambivalente del ser humano se acredita lo mismo en las conquistas que en la persuasión de las propagandas. Aunque la Historia ha sido tan frecuentemente empujada por la fuerza, y aun prescindiendo de los brotes ideales que ésta ha producido también —la guerra caballeresca que encuentra tantos símbolos en la literatura y en el arte—, ha necesitado revestir de justificación sus acciones invocando motivos que no siempre son ni aparentes ni hipócritas. El bien y el mal se mezclan en toda acción histórica, al fin integrada por actos humanos, pero se salvan a menudo los motivos inspiradores que son los más duraderos y los que enriquecen el futuro. Verdad que resplandece en la Política de misión, como la que inspiró la empresa indiana de España salvándola de la ganga que aportaron los buscadores de oro y los encomenderos.

Con estos presupuestos, hay que determinar la *orientación* de la conducta para profundizar, a la luz de un análisis de sentido, en el problema de la felicidad.

Ciertamente cabe encontrar la felicidad en la práctica del altruísmo, en la renuncia a los bienes sensibles, en las esperas del amor que sufre y goza a la vez mientras espera, en la misma esperanza de la muerte —“que muero porque no muero”— para ascender por la escala mística a la unión con Dios... Será egoísmo sublimado el que busca la salvación en el apostolado que quiere salvar también a los demás, y en la solicitud de la madre que renuncia al descanso corporal para no apartarse del lecho del hijo enfermo, y en la pasión del bien público, y en el sacrificio que llega al heroísmo. En ninguno de estos casos se renuncia a la felicidad identificada con el logro del bien deseado; lo que varía es el objeto a que la felicidad se asocia. Pero lo que la cualifica no es tanto el resultado que se obtiene, como el móvil que lo determina. En definitiva, la selección de los valores a que la acción se encamina.

La plenitud de la felicidad es la bienaventuranza, y en ésta se cumple la apoteosis de la libertad, ya liberada a su vez de toda tentación maligna.

* * *

Hay un significado de la materia como contenido de las formas; otro que la identifica con las cosas tangibles y mensurables. Y, paralelamente, hay un sentido figurado del espíritu como energía animadora, cualquiera que sea su procedencia, o como ideal o, en los procesos cosificados, como esencia o como impulso, ingrediente de la cosa misma. Así son empleadas locuciones como la de “mucho espíritu” para denotar la esforzada presencia de ánimo. Extremando las similitudes de una semántica en cuyas imprecisiones se extravía la propiedad de las palabras, se denomina espíritu al producto quintaesenciado de la vid: el espíritu de vino.

Por eso hemos venido observando en el curso de estas reflexiones que la voz espíritu es, por su múltiple empleo, equívoca. El genio del lenguaje la atribuye a cualquier intento de caracterización sistemática, aunque ésta se integre con datos meramente materiales. Las alusiones a lo que comporta calidad, energía, aspiración, esfuerzo en tensión, serán rotuladas en el lenguaje vulgar como en el filosófico y en el político con la etiqueta de “espíritu”, sin más aclaración ni responsabilidad conceptual.

Lo cual, en verdad, no es satisfactorio para quien cree en el espíritu como entidad dotada de insobornable y permanente carácter.

Considerar la inmortalidad del alma supone un paso decisivo en esta caracterización. Pero el materialismo proclama a su vez una eternidad: la de la materia, y de este modo la radical diferenciación exige poner en juego categorías que completen las de duración y perpetuidad. Esto no se logra sino mediante una reflexión acerca de la muerte.

El existencialismo, como antes el nihilismo, no encuentra sentido a la vida porque tampoco se lo encuentra a la muerte. Concibe al hombre como un ser-para-la-muerte, es decir, para la nada. Pero acontece que el hombre es el único ser que tiene conciencia de la muerte. Vive sabiendo que tiene que morir, y por eso su conciencia de lo temporal es una convicción de precario y no se libera nunca de la angustia del existir que lo acosa como lobo hambriento y lo empuja sin descanso contra el paredón donde se estrella la última esperanza.

Meditando bien sobre esta conciencia de la muerte, aparece como

constitutiva del ser, porque gracias a ella el ser mismo es conciencia de sí, o sea, autoconciencia que pensándose a sí misma necesita pensar en su destino. Pero si el ser se cree perecedero y arrojado hacia el acabamiento inexorable tras la vida terrena, el ser, que lo es sólo para la muerte, es, desde su origen, una naturaleza desnaturalizada, corroída y apollada por la incesante convicción de finitud instalada en una vida que se sabe deshojada día a día. El ser consciente sería de este modo el más desgraciado y degradado de los seres porque es el único a quien la conciencia le descubriría como sólo horizonte el fin de la existencia. No se comprende entonces por qué la evolución de la vida, que tiende a la ascensión, culminaría en la perfección del ser consciente sin otra finalidad que la de despeñarlo desde la propia toma de conciencia en el abismo del no-ser. La perfección que implica poseer conciencia se trocaría en autodestrucción.

La realidad del alma, el ser del espíritu, implica la vivencia de la idea de inmortalidad, pero a condición de que esa idea anime una conciencia personal. La muerte cobra así sentido impulsor de vida. Como dice Rabindranath Tagore, "la fuente de la muerte hace fluir el agua quieta de la vida". Se salva entonces la sima del no ser como desenlace hecho conciencia mientras vive el hombre sobre la tierra, pero conciencia angustiada y perecedera. Y no hay otra conciencia que la personal. No cabe sustituirla ni por la conciencia colectiva de los sociólogos ni por las creencias animistas de la transmigración. La conciencia es un en sí irreductible y personal. Por otra parte, sólo las personas individuales, y no los entes colectivos, son susceptibles de salvación. La voz de Unamuno resuena aquí con eco agustiniano: "lo que no es conciencia, y conciencia eterna, consciente de su eternidad y eternamente consciente, no es sino apariencia".

La sustantividad del ser consciente se afirma en la pervivencia, a la vez misteriosa y necesaria, y se consolida en la idea de salvación como empresa de la existencia. Salvase es afirmar la existencia que emerge del tiempo que camina hacia la muerte, pero que triunfa del tiempo y de la muerte logrando la plenitud del ser.

Resumiendo las ideas anteriores y tratando de encontrar la última diferencia de la definición del materialismo, se concluye que éste equivale a la destrucción de la conciencia personal imantada hacia lo transcendente. Con esa destrucción se da el aniquilamiento del ser, su disolución en la materia o en la nada.